

La verdad sobre los platillos volantes

Se acaban de cumplir aproximadamente veinte años, los mismos de la bomba atómica desde que estalló otra especie de bomba literaria, que los ingleses llamaron «flap» (golpe ruidoso), es decir, a partir de la época en que se empezó a hablar y a discutir febrilmente sobre algo que ya antes existía, pero que entonces cobró inusitado interés, no ya solamente en la prensa y público en general, sino también respecto de entidades científicas y órganos oficiales; se trataba de los platillos volantes, designados hoy bajo la sigla U.F.O. (Unidentified Flying Objects = objetos volantes no identificados). La discusión continúa en la actualidad y no es fácil que se diga pronto sobre ello la última palabra, que desde luego no pretendemos pronunciar aquí, sino solamente recoger y ordenar algunos datos útiles para ver algo más claro en tan oscuro y confuso problema.

La cuestión podría sintetizarse planteando un sencillo problema de lógica: conocidos sobradamente los numerosos testimonios aducidos por testigos que afirman haber visto tales objetos, de lejos o de cerca, e incluso han presenciado la llegada de los ya famosos hombrecillos, que salían de un extraño aparato metálico y desaparecían luego tan misteriosamente como habían venido, siempre por vía aérea, se trataría de determinar si esos testimonios reúnen siquiera las condiciones mínimas necesarias para ser dignos de crédito. Y una vez establecidos los hechos, examinar objetivamente los diversos aspectos de su explicación razonable: quiénes son o pueden ser tales visitantes, de dónde han venido, y cuál ha sido el fin de su viaje, sobre todo si se parte de la afirmación frecuente de que proceden de otros mundos lejanos y no de la misma Tierra, en que vivimos nosotros.

Conviene notar desde el principio una coincidencia algo sospechosa y de que ya se han valido como argumento los impugnadores de la creencia popular: las apariciones de los platillos comienzan y crecen en frecuencia justamente cuando empezó a extenderse en diferentes países cierta literatura, cada vez más extendida en todas partes, y que en España se suele llamar, traducida bastante mal del inglés, novela de ciencia-ficción; hoy constituye un verdadero éxito de librería en no pocas naciones y con igual favor ha pasado a las pantallas, grande y pequeña, y por supuesto a la prensa diaria, y en forma de artículos de tono más serio, en revistas científicas y hasta en algunas dedicadas exclusivamente a la materia, como la *Australian flying saucers review*, se citan las apariciones y se discuten el pro y el contra de su realidad; hay en los Estados Unidos asociaciones tales como el Comité Nacional de

Investigaciones de fenómenos aéreos, que radica en Washington, el Comité Americano U. F. O., y otras parecidas; en particular hay una publicación titulada Boletín de Fenómenos Controvertidos, especialmente recomendado por la imparcialidad con que se da cabida en sus páginas a estudios considerados como serios y ajenos al sensacionalismo, tan frecuente en la prensa.

Podría comenzarse por una división sencilla y oportuna de los casos sometidos a estudio y controversia, distinguiendo primero la mera visión de algo que se mueve en el cielo, sin saberse lo que es; generalmente suelen ser muchos los testigos y el hecho se cita en la prensa diaria con visos de verosimilitud, con la circunstancia favorable de ser visto el objeto sucesivamente en poblaciones inmediatas, indicio de una trayectoria fácil de seguir; y lo inesperado del fenómeno excluye sin dificultad cualquier predisposición al alucinamiento. Otra cosa completamente distinta es el caso mucho más concreto de uno o pocos testigos, de quienes ya no se vuelva a hablar, y que aseguran haber visto descender a tierra los artefactos misteriosos y aun sus tripulantes, con quienes se ha llegado a establecer relaciones más o menos íntimas; bastará citar un par de ejemplos entre los muchos que se ha hablado o escrito recientemente; la publicación australiana arriba citada refería en 1959 la llegada a un poblado de papúes, en Nueva Guinea, de cuatro de esos hombrecillos de aspecto humano, a bordo de un platillo metálico, desde el que les hacían señas, no del todo comprendidas; pero a veces se dice de ellos que hablaban un lenguaje terrestre (en español, hace pocos meses, según una relación procedente de Méjico) o invitaban a entrar en sus vehículos. De ordinario la historia termina por la huida del testigo involuntario, asustado y alarmado por lo insólito del caso, y desde luego por la desaparición de los visitantes.

Fácilmente se concede y con razón, que el primer género de testimonios, de haber visto cruzar los aires un aparato desconocido, ofrece frecuentemente garantías de veracidad, y a veces la explicación puede ser sencilla, toda vez que no todos están familiarizados con la forma, trayectoria y horario de múltiples vehículos aéreos de nuestros días; habrá ocasiones menos fácilmente explicables, si se trata de satélites artificiales a altura moderada, de instrumentos de exploración meteorológica, aviones de diferentes tipos, etc... y entonces todo se reduce a inquirir porqué no se sabe lo que son, al menos entre el público y la prensa; pero acaso la razón es obvia: lo saben los interesados, es decir, las entidades científicas, gubernativas, compañías aéreas de donde proceden, etc... pero no siempre están obligadas a hacer públicas sus propias actividades, que quizás consisten en ensayos, investigaciones y pruebas, que más o menos se practican en todas partes.

Es bien sabido que en la NASA (National Aeronautic and Space Administration), como en otros departamentos oficiales en varios países, sobre todo los relacionados con la defensa nacional, se hacen actualmente esas pruebas y ensayos, cuyos resultados en manera alguna están destinados a la publicidad, sino todo lo contrario, hasta convertirse en secreto de Estado, y entre los mismos satélites artificiales no pocos están destinados a finalidades que una prudencia elemental aconseja mantener ocultas. Más aún, los numerosos puestos de observación que los Estados Unidos tienen diseminados dentro y fuera de su territorio, no solamente están destinados a la comprobación de tales experimentos de iniciativa propia, sino también, y con interés muy explicable, a vigilar y descubrir posibles actividades semejantes de otros países, y ni en éstos ni mucho menos en el extranjero, serán nunca objeto de noticias de prensa. Esta hipótesis, por sí sola, descartaría la mayor parte o casi la totalidad de los casos dudosos; y que ello no es pura evasiva teórica lo prueba la existencia en los Estados Unidos de un departamento de la NASA dedicado a los U F O; el trabajo, tiempo y dinero empleado en semejante investigación eliminan la hipótesis de que todo esto es pura ilusión sin fundamento serio.

El Director del observatorio de Harvard, Massachusetts, Donald Menzel, en su interesante libro titulado «El mundo de los platillos volantes», afirma con evidente sensatez que además de las observaciones oficiales de este género, se hacen con fines científicos numerosas búsquedas y comprobaciones de cuanto sucede en el cielo y en el aire, no ya en observatorios por el personal propio, sino también por incontables aficionados, o bien coordinando sus trabajos en agrupaciones diversas o por iniciativa completamente privada, en orden a descubrir una gran variedad de fenómenos naturales; hay, pues, una pléyade de objetos en movimiento que vigilar y comprobar, y un verdadero ejército de centinelas que continuamente y en muchos lugares los están identificando, sin que a la mayoría de ellos les ligue obligación alguna de guardar secreto, sino al revés, deseosos de manifestar lo que tengan la suerte de descubrir. Ahora bien, añade este autor, si algún intruso se atreviese a mezclarse con los elementos de aquella pléyade y agregarse indebidamente al desfile, es indudable que alguna vez por lo menos habría sido descubierto; y lo que aún vale más: recientemente se han ido multiplicando los satélites de observación atmosférica y terrestre, de alcance y amplitud de campo incomparablemente mayores, a los que más difícilmente podría escaparse el vuelo subrepticio de objetos no catalogados; y sin embargo, hay que subrayar el resultado siempre negativo en esta materia, a pesar de tan innumerables investigaciones.

Vengamos ahora a la segunda y más difícil cuestión de la pre-

sunta llegada de platillos volantes tripulados, como lo atestiguan quienes afirman haberlos visto. Cuantos han escrito con cierta seriedad, aun confesando a veces sus personales inclinaciones a favor, vienen a reconocer, de una manera o de otra, que les faltan argumentos sólidos en que apoyar los testimonios aducidos: o se trata de informaciones periodísticas con excesiva tendencia a lo sensacional, recogidas algo a la ligera, o lo que es peor, de testigos que podríamos calificar de fugaces, de los que se desvanecen tan misteriosamente como los hombrecillos objeto de la noticia, y ninguno de aquéllos ha pedido nunca ser sometido a un interrogatorio formal ante personas de conocida solvencia; así que por esta vía nunca se ha llegado a ninguna parte.

Por tanto, no queda otro recurso que el de investigar, con datos fidedignos y suficientes, sólidamente cimentados en lo que hoy consta con certeza sobre esos mundos de donde se pretende proceder aquellos visitantes, las posibilidades y probabilidades de tales visitas. A juzgar por lo expuesto, se tarta evidentemente de seres racionales, de organismos vivos capaces de construir y manejar aeronaves, y de constitución fisiológica al menos análoga a la nuestra, ya que se afirma que se mueven por nuestro suelo y sometidos al influjo del mismo aire que respiramos y al clima del lugar donde fueron vistos; pero no hay inconveniente en extender el ámbito de estas condiciones y nos contentaremos con un mínimo de esa analogía en cuanto al planeta de donde pueden proceder y a su adaptación a otros ambientes extraños a ellos.

En lo que sí están conformes cuantos han tratado este asunto es en exigir con todo rigor las condiciones mínimas, sin las que es inconcebible la vida orgánica y mucho menos la racional; tales son una atmósfera estable y de composición adecuada al intercambio vital, que al mismo tiempo forme una capa defensora contra las radiaciones mortales que consta ser emitidas por los astros activos; líquidos acomodados a ese mismo intercambio, puesto que también es inconcebible una vida orgánica por vía seca; un suelo apto para la producción de elementos naturales asimilables fisiológicamente, y sobre todo unos límites moderados de temperatura, fuera de los cuales tampoco se admite la posibilidad de funciones orgánicas.

Bajo el título de «Manual de ecosferas» (del griego oikos=casa) el astrónomo Jan Godomski ha publicado un interesante trabajo sobre la habitabilidad de los astros: las ecosferas son las zonas que rodean a una estrella o sol provisto de planetas, donde éstos tienen sólida posibilidad (nótese que no decimos todavía probabilidad) de contener seres vivos de cualquier jerarquía, desde los más humildes líquenes hasta el más perfecto «supermán» de que nos hablan las narraciones en el sumo grado de lo fantástico. A su vez, este autor se ha documentado concienzudamente en los laboratorios biológicos y ha establecido los límites térmicos mencionados, entre los 80° C

sobre cero y los 70° bajo cero, al menos para el mantenimiento de una vida estable de cualquier clase.

Nadie niega hoy la posible habitabilidad de planetas, que en número estadísticamente grande habrá sin duda en innumerables soles de nuestra galaxia y de las mucho más numerosas distribuidas por el universo conocido; pero tratándose de viajes astronáuticos es obligado hacer aquí una restricción impuesta perentoriamente en el orden práctico: por muy superhombres que sean los astronautas y aunque sus técnicas superen todo lo imaginable, y en particular sus astronaves alcancen velocidades del mismo orden de la luz, cuando se trata de venir a la Tierra desde una estación de partida situada a un número prohibitivo de años-luz, la empresa deja ya de ser practicable para convertirse en una utopía.

Por eso muy prudentemente en el libro de Godomski, especie de guía de comunicaciones estelares, se ha señalado como límite una esfera de unos 17 años-luz de radio, donde, por otra parte, los datos astrofísicos disponibles permiten conocer el estado de sus respectivas ecosferas. Dentro de este radio hay 54 soles disponibles, de los cuales hay que descontar 39, por coincidir en ellos las ecosferas con lo que él llama zonas mortales, sin la compensación térmica debida a la sucesión de días y noches; pues en ellas está impedida la rotación planetaria, como sucede en la Luna, que siempre presenta el mismo hemisferio al astro a quien está subordinado; en tales zonas habrá tal exceso en la porción iluminada y tal defecto en la opuesta, que las temperaturas serán ciertamente intolerables para los organismos vivos.

De las 15 estrellas restantes hay que separar otras 9, por ser dobles o múltiples, es decir, prácticamente variables, por lo que las alternativas mortales mencionadas afectan a todos sus posibles planetas. Como ejemplo de los efectos de esta variabilidad, baste recordar que si nuestro sol, en vez de su ultramilenaria estabilidad, tuviese un régimen interno tan versátil como la estrella AC de Hércules, nuestra temperatura media tendría cada diez semanas una oscilación de 101° C, desde los 67 sobre cero hasta los 34 bajo cero; parecido es el caso de ser dos o más los soles, cuyas distancias y radiación oscilarían en detrimento de sus planetas.

De los seis restantes soles todavía hay que excluir cuatro, en los que la ecosfera es notablemente pequeña y por tanto escasa la probabilidad de que precisamente allí se encuentren planetas. Y quedan dos: la épsilon del Erídano y la tau de la Ballena, a unos once y doce años-luz, respectivamente; desde ellos sería posible hacernos una visita, con tal de emplear unos veinte o treinta años en el viaje de ida y vuelta.

Y aquí surge quizás la más ardua de las dificultades prácticas, que sólo mencionaremos de pasada, por haberlas ya expuesto en

estas mismas páginas hace un par de años («Problemas astronáuticos» - ESPIRITU, 1961): por mucho que se extremen los recursos técnicos y el soñado proceso de inhibición, semejante a la hibernación de ciertos animales, por muy perfeccionados que imaginemos los medios de locomoción empleados, siempre subsiste el grave problema de proveer durante tan largo viaje a los astronautas, así de aire respirable, como de provisiones, y sobre todo de fuentes de energía suficientes para múltiples aplicaciones, por ejemplo, para los aterrizajes: demasiado equipaje para llevarlo en un platillo...

En cuanto a nuestro propio sistema planetario, la ecosfera se extingue por arriba antes de llegar a Júpiter, que con los siguientes planetas queda así excluido; por abajo el límite está muy próximo a Venus, pero prácticamente también éste queda excluido, a juzgar por lo mucho que ya se sabe de sus condiciones climatológicas. Quedan, pues los marcianos, favoritos entre los defensores de las teorías avanzadas sobre este tema: desgraciadamente el reciente y fructuoso viaje del Mariner IV ha descorazonado a la mayoría de ellos. El título de una reseña publicada no hace mucho acerca de ello, era éste: «Obituario de un planeta», y comenzaba afirmando rotundamente que está muerto, al menos geológicamente; es decir, que los cráteres meteóricos, semejantes a los de la Luna, que aparecen en las fotografías, unidos a la exigüidad de su atmósfera, cien veces menor que la terrestre, han impedido desde hace miles de millones de años toda actividad física de la que depende la de sus presuntos habitantes, y en la actualidad aquello es un desierto donde a lo sumo en algún oasis podría haber una vida precaria, reducida acaso a algunos líquenes, en quienes no se puede confiar mucho cuando se trata de organizar viajes planetarios.

Por último viene la inevitable pregunta: ¿por qué? ¿Cuáles pueden haber sido los móviles que han impulsado a los seres racionales de otros mundos a emprender la ardua empresa de venir a visitarnos? Figuraría en primer término la conquista de la Tierra, tal como la presentaba Wells en su «Guerra de los mundos» o el proveerse aquí de algo que en su mundo faltaba, o si se quiere, la mera curiosidad científica o turística: pero desde luego es inconcebible que se hayan sometido a tantas fatigas solamente para saludar a los papúes o asustar a algún campesino en medio de un campo solitario, ya que todos los testimonios aducidos vienen a reducirse a algo parecido, y han tenido por escenario un rincón apartado de nuestro planeta. Acaso la respuesta más sencilla sería la que dio el gran astrónomo francés Arago, cuando le urgían y apremiaban a explicar el hecho testimoniado por tantos testigos, de pretendidas y fantásticas influencias lunares en la vida terrestre y humana: «Tal vez porque no es verdad...».

ANTONIO DÚE ROJO, S. J.
Director del Observatorio de Cartuja
(Granada)